

LA NOVELA

9

METRO-GOLDWYN

CORPORATION



COLLEEN MOORE

LLOYD HUGHES



La  
danzarina  
rusa

25  
PTS

GREEN, Alfred E

## La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos  
de películas de

Núm.

9

METRO-GOLDWYN-MAYER  
:: y FIRST NATIONAL ::

25

Cénts.

Ediciones BISTAGNE. - Vía Layetana, 12. - Barcelona



## La danzarina rusa

(SAALY, 1925)

Divertida comedia americana, interpretada por  
los célebres artistas

COLLEEN MOORE, LLOYD HUGHES,

etc.

LEON KERROL i RAY HALDR



Producción FIRST NATIONAL

DISTRIBUIDA POR

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona

# LA DANZARINA RUSA

## *Argumento de la película*

En Nueva York, en el Barrio del Este, lugar donde se agitan las esperanzas y ambiciones de los pobres y de los desheredados, se levantaba el Asilo de Huérfanas del Distrito.

Una de las muchachas asiladas era Sally Bronx, una chispa de deliciosa humanidad, chisporroteo de gracia, de ingenio y travesura.

Sally amaba la danza y siempre que podía librarse de la vigilancia, atravesaba la puerta del Asilo o saltaba sus muros para lanzarse en medio de la calle a bailar al son de algún organillo que tocaba en pleno barrio popular.

Una vecina francesa, madame Julia, profesora de baile, admiraba complacida a la muchacha. Le auguraba un gran porvenir si se dedicaba al arte coreográfico.

Cierta mañana, unos músicos ambulantes tocaban un "charleston". Y Sally salió del Asilo poniéndose otra vez a bailar en plena vía pública y ante la casa de la francesa...

—Mire, madame Julia... mire el nuevo paso que he aprendido.

La aludida se asomó y contempló riendo a la jovencita... ¡Era una gran artista en ciernes!

Un granujilla de la calle que conocía a Sally por sus frecuentes escapatorias, cansado de verla bailar, cogió un tomate de un puesto de verduras y hortalizas, y lo echó al rostro de la chica, salpicándolo de rojo.

—¡Ah, pillastre!

Sally no se amilanó; cogió otro tomate y lo aplastó contra la nariz del pilluelo. Pero acudieron otros chicos, compañeros del agresor, y quisieron lanzarse contra Sally. La muchacha silbó de un modo especial prolongado y unos momentos después aparecía un tropel de chicas del Asilo, armándose una verdadera batalla campal entre los dos sexos.

La oportunua intervención de unos guardias y de otras personas mayores aplacó los ánimos excitados... Sally no era de las que rehusan una batalla. Todo lo contrario. Persiguió a sus agresores y rendida por la lucha vino a caer en brazos de un elegante joven que acababa de descender de su automóvil, al observar la pelea.

Sally se separó bruscamente de él y se echó a reír. El joven la dijo cariñosamente:

—Desde el interesante match Dempsey-Tunney, no había visto una pelea tan palpitante. ¡Bravo, señora... Carpenter!

—Me llamo Sally... Sally Bronx — dijo ella.

—Y mi nombre es Blair Farquar...

La directora del Asilo había salido con ánimo de recoger a Sally y a las demás asiladas, alborotadas por culpa de aquella niña traviesa.

Del automóvil que había descendido el joven Blair, bajó su tía, la señora Brock, una dama riquísima, protectora de los humildes, muy amiga de la directora del Internado, y ésta fué a su encuentro, saludándola, dirigiéndose las dos al grupo que formaban el joven y Sally.

—Señora Brock — dijo la directora —. Usted que

se interesa por nuestra institución, librenos de este pequeño diablo...

La dama se echó a reír no queriendo intervenir en estas cuestiones. Sally se defendió valientemente de la acusación.

—Yo no tuve la culpa, señora. No me metía con nadie. Estaba tranquilamente bailando, cuando empezo la gresca...

—Tú eres la que das el mal ejemplo en el Asilo, y como esto no puede seguir así, voy a mandarte a un Reformatorio, a fregar platos.

—Oh, no, por Dios, señora!...

—Hay que tomar una determinación... Y... ahora al Asilo...

—No la riña usted mucho — dijo Blair —. ¡La pobre círcito es tan inocente!...

Y después de mirarla cariñosamente, tía y sobrino subieron al coche y éste emprendió veloz marcha.

—¿Qué dice mi impecable sobrino? — le preguntó la señora Brock —. Me gusta que visites de vez en cuando estas calles para que te des cuenta de cómo vive esta gente.

—No me desagrada haber pasado por estos barrios, tía. Ahi tienes a esa muchacha... Es inteligente, graciosa, simpática... Merece ciertamente otra suerte que la de fregar platos...

Entretanto Sally y la directora habían entrado en el Asilo y disputaban de nuevo.

—Sería mejor que te marchases de aquí para siempre — rugió la profesora —. Eres un elemento perturbador y nocivo...

—Madame Julia me tomaría para que la cuidara — respondió ella —. Me daría alojamiento y además me enseñaría a bailar...

—Pues recoge tus trapos y vete a vivir con ella... Y así fué como Sally dejó el Asilo y comenzó a

vivir con la profesora francesa... Y pasaron dos años entre danzas y trabajos, ayunos y canciones.

Muchas veces la miseria asomaba su rostro en aquella casa. Pero Sally con su dulce alegría la ahuyentaba. Bailaba ya muy bien. Madame Julia le decía que pronto podría debutar en algún teatro.

Cierto día en que no había dinero en casa, a la hora de comer Madame Julia le dijo:

—Sally, linda mía, yo no tengo ni pizca de apetito. Tomaré solamente una taza de té.

—¡Ay, señora! ¡qué buena es usted! — respondió Sally comprendiendo —. Sabe poner al mal tiempo buena cara. ¿Por ventura no sé que ha perdido usted a todas sus discípulas por causa mía porque estaban celosas de mi baile? No se apure, estoy decidida a ponerme a trabajar...

—Hija mía, no hay que desconfiar nunca de la suerte — dijo la francesa —. Cuando menos una lo espera, llega con su varita mágica...

Sally no quería ser más gravosa a Madame Julia. Y cierto día en que la señora Brock, antigua amiga de Julia, fué a visitar a ésta, consiguió Sally una tarjeta de recomendación para conseguir trabajar en un teatro, que decía así:

*Señor Otis Hooper, Agente Teatral.*

*La portadora es Miss Sally Broux por quien mucho me intereso. Haga por ella todo lo que esté a su alcance.*

*Dolores Ten Brock.*

Sally agradeció con toda su alma aquella magnífica recomendación. Pensaba ya que se abrirían para ella las puertas de la fama y del dinero. Además, marchándose de casa Madame Julia, dejaba de ser una carga para ésta, y las discípulas volverían a clase, alejado el motivo de su envidia, viendo ya fuera a la muchacha que bailaba tan bien...

Soñando en un mundo nuevo leyó aquella tarde el periódico. Le interesó esta noticia:

*SE DICE*

*Que el gran duque de Trifurcilandia ha pignorando las joyas de la corona para comprarle un collar de perlas negras a la famosa bailarina Pironova. Los súbditos del Gran Duque, añade el rumor, están que echan chispas.*

*SE SABE*

*Que el joven y brillante sportman Blair Farquar ha sucedido al Gran Duque en las gracias y favores de la ingrata.*

*SE CREE*

*Que el padre de Blair Farquar no perdonará a éste su escandalosa conducta.*

El nombre de Blair Farquar, evocó en la ingenua el recuerdo de una mañana de lucha en la calle, en que ella cayó en brazos del elegante mozo.

—Si estaba escrito que había de enamorarse de una bailarina, ¿por qué no ha esperado, Dios mío, por qué no ha esperado? — se dijo, con dulce melancolía.

Y aquella noche se durmió pensando en los grandes triunfos que desde el próximo día iba a alcanzar...

\*\*

En otro barrio de Nueva York, se alzaba un modesto cabaret construido a imagen de su patria lejana por Vladimiro Churresski, antiguo cocinero de la familia reinante de Trifurcilandia.

Cierto día se presentó ante Vladimiro, el propio gran duque de Trifurcilandia en persona, Constantino Nicolás Astrakanoff, el cual no conservaba de sus títulos más que la papeleta de empeño...

Al verle llegar a su establecimiento, casi tamba-

leándose, con las piernas que parecían doblarse bajo su peso, Vladimiro abrió unos ojos enormes.

—¡¡Su Alteza!! ¿No es una desilusión óptica? ¿Puedo dar crédito a mis ojos? — gritó.

—Sí, mi buen Vladimiro — respondió el Gran Duque—. Dá crédito a tus ojos... Y te permitimos besar nuestra mano...

El antiguo cocinero besó la mano de su soberano, y al verle allí, fuera de su país, de incógnito, le preguntó:

—Pero ¿cómo ha venido Vuestra Alteza? Nuestro país está tan lejos...

—Es una larga historia — respondió el Duque, hombre ya de cuarenta años, que hablaba con un gesto orgulloso—. La mujer fué siempre nuestro punto vulnerable, nuestra debilidad, ¿comprendes? Vino la Pironova, fascinante y moscovita, y ya no fué una debilidad... ¡fué un síncope cardíaco!

El cocinero le escuchaba con honda atención.

—Nos echaron de Trifurcilandia. Para librarnos del populacho que quería hacernos picadillo, tuvimos que arrojarnos de un quinto piso a la calle. Resultado: nuestras piernas por efecto del golpe son ahora un par de acordeones. Y desde entonces andamos muy mal...

—¡Oh, señor!...

Las piernas de Su Alteza bailaban...

—Pero tenemos aún otro punto más débil — siguió diciendo el soberano—. Nuestras finanzas. Un amigo nos dijo que estabas aquí y que gozabas de una prosperidad muy grande.

A Vladimiro aquellas palabras le sonaron a sablazo y se apresuró a decir:

—¿Prosperidad? Hum... hum... Trabajo para comer. Eso es todo.

—Haremos el gran sacrificio de trabajar, Vladimiro... ¡Nós será más fácil acostumbrarnos a trabajar

que acostumbrarnos a no comer! Queremos que nos emplees en tu casa...

—Pero, señor... yo no puedo daros otro empleo que el de friegaplatos y eso no se lo puedo proponer a Vuestra Alteza...

—¡Aceptamos; tú no sabes lo que es el hambre!...

Y desde aquel instante, el gran duque Nicolás Astrakanoff comenzó su actuación en la cocina... ¡Si los clientes hubiesen sabido que aquel hombre era nada menos que el antiguo soberano de un país!

Comenzó a prestar servicio y en la cocina rompió numerosos platos, provocando las iras de Vladimiro... ¡Ay, los disgustos que le daría su noble señor!... El Gran Duque sólo prestaría servicio nocturno; de día se marcharía a su modesta pensión...

Mientras tanto, Sally lanzábase violentamente al asalto del Broadway, dragón de escamas luminosas, devorador de ilusiones y esperanzas.

Fué al despacho del agente teatral Hooper y tuvo que esperar en la antesala entre el sinnúmero de artistas que rieron burlonamente ante la presencia insignificante de Sally que llevaba en brazos a su perro, ante su vestido chillón y pasado de moda.

Sally hizo pasar la tarjeta de recomendación a Hooper, quien estaba hablando con otra artista.

El agente la leyó y dijo:

—Debe ser una niña bien que tiene la manía de las tablas... Recomendada por una dama de la buena sociedad. Un compromiso ineludible...

Sally, impaciente, penetró en el despacho. Hooper miró con extrañeza a aquella mujer de rara indumentaria... ¿De dónde habían sacado aquel bicho? La otra artista se echó gozosamente a reir.

—¿Quién es usted? — le preguntó Hooper — . ¿Cómo ha entrado?...

—Entré sobre la punta de los pies — dijo ella

alegremente—. Yo ando como baila la Pavlova. Y soy la enviada de la señora Brock.

—Usted ha robado esta tarjeta — dijo el director, pareciéndole absurdo que una dama de la aristocracia recomendara a semejante caricatura.

—No, señor. Ella me dijo que usted me contrataría como bailarina.

Hooper empezó a reír a mandíbula batiente.

—¡Graciosísimo... usted bailarina... ja... ja...!... ¡Vaya... no me haga perder tiempo!... Con ese tipo... tiene gracia...

La jovencita, ofendida por aquel recibimiento inesperado, respondió:

—Sí, ya me voy... Pero deja usted escapar la fortuna. Y algún día se arrepentirá.

—Salga de aquí, esperpento...

—Llegará un día en que para tenerme tendrá que hacer un puente de oro... se lo juro...

Marchó furiosa, acariciando su perro, su único amigo... Creía escuchar aún las carcajadas insultantes...

Vagó aburrida por las calles y no quiso volver a casa de Madame Julia. No, quería ganarse la vida por sí misma, sin ser gravosa a nadie. Bastante la había sostenido aquella pobre mujer...

Y así caminando durante todo el día por Nueva York, el azar y el cansancio la llevaron ya de noche frente al cabaret de Vladimiro.

El dueño estaba furioso con el Gran Duque que al lavar los platos, había roto varias docenas tirándolos al suelo como si fueran de cartón. Como Vladimiro protestase, el soberano con estas palabras le atajó:

—Nuestro decreto final, Vladimiro, es que no frengaremos un plato más...

—Pues hay que fregarlos. Es el único empleo que tengo para Vuestra Alteza...

—Serviremos a las mesas, pero la cocina no nos interesa. Es nuestra última voluntad. Nos dignamos permitir que nos beses nuestra mano ducal...

Y, el pobre cocinero, maldiciendo interiormente su destino depositó un ósculo de fidelidad en la mano del Gran Duque. ¡Aquel hombre le iba a arruinar: hacía en la casa lo que le venía en gana, y rompía la vajilla!

Sally entró tímidamente en el local y Vladimiro fué a su encuentro. ¿Qué deseaba la joven?

Como ella viera sobre un tablado a una muchacha que bailaba, dijo:

—Pensé que tal vez necesitaría usted una bailarina en su establecimiento.

—No, lo que necesito es una persona que me friegue los platos — respondió—. Hoy en día hay más bailarinas que fregonas. Si usted sabe lavar la vajilla y no la rompe, la tomo en el acto...

—Sí... sí... — respondió Sally, deseosa de ganar su vida.

Tenía confianza de que algún día podría debutar en un tablado y brillaría su arte. Entretanto, a trabajar en lo que fuese, con alegría confianza... ¿Por qué amilanarse? Ya vendrían tiempos mejores...

Vladimiro la hizo entrar en la cocina y ella escuchando las músicas que sonaban en el cabaret, llevada de repentino impulso comenzó a bailar.

—¿Qué hace usted? — gritó el dueño—. Ya le he dicho que lo que necesito es una fregona... Y escuche sus obligaciones: lavará usted la vajilla, fregará el suelo, encerará el piso de la sala, hará la limpieza general de la casa y el lavado y planchado de la ropa...

La muchachita se echó a reír.

—¡Qué lástima que no haya tierra roja en la casa! — dijo—. Porque podría dedicarme, a ratos perdidos, a hacer ladrillos,

—Ya sabe usted que el trabajo ennoblecce — le dijo Vladimiro — y aquí en esta casa tendrá usted trabajo como para llegar a duquesa... Pero haga el favor de dejar su perro; no le quiero aquí.

—¡Ah, no! — protestó ella—. ¡Si me toma a mí tiene que tomar también a mi perro, a mi "Chocolate"! Yo no puedo vivir sin "Chocolate".



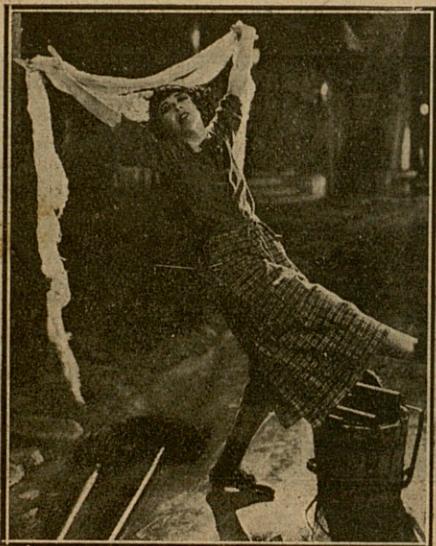
—Pensé que tal vez necesitaría una bailarina en su establecimiento.

El dueño se resignó y Sally fué a la cocina encontrándose ante pilas enormes de platos... ¡Estaba escrito! Tenía que acabar así, de lavadora. Pero un extraño optimismo le decía que vendría un día en que la suerte se le mostraría más cordial...

Llegaba hasta ella el eco de la música y de los bailes del salón, y Sally con una pila de platos en las manos, bailó también hasta que llegó Vladimiro y puso el grito en el cielo. ¿Estaba loca?

El gran duque Nicolás, que había comenzado a servir las mesas del cabaret, entró en la cocina para buscar unos platos y tuvo la sorpresa de encontrarse con una muchacha.

—¿Quién es usted? — preguntó.



...comenzó a bailar.

—Soy Sally... encargada del Departamento de los Platos...

—¡Sea bienvenida, señorita!... Mi nombre es Constantino Nicolás Astrakanoff.

—¿Un nombre, eso? — dijo ella, riendo—. ¡Señor! ¡Eso es el calendario!

—Puede usted llamarme, Tití si quiere — dijo el

duque con una melancolía agradable—. Es un privilegio que concedo a las damas jóvenes...

“Chocolate”, el perro de Sally, cogió un buen pedazo de carne de la cocina y salió con él hacia el salón restaurán...

El duque y Sally lo persiguieron entre las parejas que bailaban, hasta lograr darle alcance, mientras Vladimiro protestaba furioso y quería echar al perro en la vía pública.

De pronto cuando Sally volvía a la cocina, un joven que estaba sentado con un amigo ante una mesa, la llamó:

—Oh, ¿cómo está usted, señorita... Carpentier?

—¡Señor Blair Farquar! — dijo ella, agradablemente sorprendida al encontrarse con aquel muchacho—. Pero me llamo Sally... Sally Bronx...

—¿Está usted empleada aquí ahora?

—Sí, desde hoy...

Apareció Vladimiro y la chica tuvo que meterse en la cocina... ¡Nada tenía que hacer ella en el cabaret!

Dentro, en la cocina, el duque Nicolás, al retirar unos platos los dejó caer al suelo, originando la desesperación de Vladimiro... ¡Si no fuera su monarca aquel criado, lo echaba ahora mismo a la calle!

—Plato que rompa, plato que le descuento de su paga — le gritó.

—No te enfades, Vladimiro. Te permitimos que beses nuestra mano ducal...

Y el otro ante esta etiqueta cortesana se humillaba lamentando que el duque estuviera en la miseria...

Entretanto avanzaba la noche y la estrecha alianza del alcohol y la música comenzaba a surtir efecto.

Blair Farquar bebía mucho en compañía de un amigo y parecía estar preocupado.

En la mesa cercana dijo un caballero:

—Ese es Blair Farquar... Dícese que su padre le

va a desheredar a causa del escándalo que dió últimamente con la Pirondova.

—¡Le estaría bien empleado! — respondió otro—. ¡Después de lo que ha hecho por él el viejo Farquar!

A los oídos de Blair llegó aquella conversación.

—Ya lo oiste — dijo a su amigo con ademán me-



—Plato que rompa, plato que le descuento de su paga.

lancólico—. Todo el mundo dice lo mismo. Y precisamente mi padre llega mañana de Europa...

—Tendrá un gran disgusto cuando sepa tus amores públicos con la Pirondova...

—El es mi padre adoptivo, pero le quiero como si fuese mi padre de verdad. Me dió su nombre, me crió y educó como un príncipe. Sería para mí una desesperación horrible que no me perdonase.

—Los periódicos han hablado de que pasaste va-

rios días con la Pirondova, esta célebre bailarina. Has dado un gran escándalo.

—Si mi padre cree, en verdad, que le he deshonrado, no me queda más que un camino — dijo Blair.

E hizo un ademán trágico como si quisiera encerrarse a la muerte.

En la cocina, Sally, ante las inmensas pilas de platos se había quedado dormida. Soñaba, pero en vez de los ensueños de gloria que formaba antes su imaginación, veía un ejército de platos que iba hacia ella en línea de batalla...

El duque se acercó a ella y la despertó... Sally, que soñaba con que iba rompiendo todos los platos, al despertar pegó un fuerte porrazo a la cabeza de Asatrakanoff.

—Perdone... creí que era usted un plato sucio... — dijo.

—Qué bromitas tiene usted, Sally...

La noche avanzaba y ya los últimos clientes habían abandonado el local. Unicamente Blair Farquar permanecía allí... Su amigo había salido y él estaba inmensamente preocupado.

Sally, que no había podido olvidarle, pasó cerca de él, después de haber lavado algunos platos. Vió algo que brillaba entre las manos del joven: un revólver; y se le acercó rápidamente, apoderándose de aquella arma.

—Esto es un juguete muy antipático — le dijo —. Y no quiero verlo en sus manos.

Una sonrisa de amargura se reflejó en los ojos de Blair.

—Preferiría morir... Soy un hombre inútil... un parásito de la sociedad...

Ella recordó la aventura con la Pirondova, leída en el periódico, y atribuyó aquel dolor a dicha causa.

—Mire a su alrededor — le dijo sonriente — y

verá a gente mucho más infeliz que usted... ¡Gente condenada a vajilla perpetua!

En medio de su pena, Blair sonrió al ver que ella se señalaba a sí misma.

—Usted sufre... pero yo también — dijo Sally alegramente—. Para mí la vida es una unidad seguida de muchísimos ceros. La unidad es el fregón... los platos son los ceros...

—¡Pobrecita niña! — dijo él acariciándola. ¡Cuénteme también sus penas!...

Y ella habló de sus ensueños fracasados, de su arte humillado por el momento.

—Tener que fregar aquí... siempre platos... siempre... Hace pocas horas que hago esto y me parece que toda la vida la pasé en esta casa.

—¡Pobre niña!... — dijo él, conmovido—. Usted y yo, Sally, vamos a ser grandes amigos. No hay como el infortunio para unir los corazones. Desde que he hablado con usted, ya no pienso en la muerte. Sé que alguien sufre también y quiero consolarle...

Pero la repentina entrada de Vladimiro hizo que Sally se escurriera hacia la cocina.

—Mi enemigo! — dijo ella.

Y volvió otra vez a las faenas dolorosas de la cocina...

Blair salió del cabaret, pero dispuesto a volver al día siguiente para hablar con su nueva amiga...

Y mientras tanto, aquella misma noche, el padre adoptivo de Blair, James Farquar, llegaba de su viaje.

Su hermana, la señora viuda de Brock, le dijo:

—Blair telefoneó que no volvería a casa hasta saber que le perdonabas... Como gastó tanto dinero en joyas, en regalos... el pobre muchacho teme...

—Pobre chico. ¡Como si no supiera yo que la juventud debe tener sus prerrogativas! — respondió el padre—. No sólo le perdonó, sino que voy a reci-

bir en mi casa a esa artista; y si él está en verdad enamorado de ella, no tendré inconveniente en que se casen...

—Se me ocurre que ahí tengo ocasión de organizar una fiesta brillantísima — dijo su hermana—. Contrata a la Pirondova... e invitaremos al gran duque Nicolás, el cual, tengo entendido, está de incógnito en los Estados Unidos...

—Es verdad... Y Blair nos agradecerá esto...

Y al día siguiente, llamado por su tía, Blair se presentó ante su padre adoptivo y obtuvo su perdón...

\*\*

Y los días sucedieron a los días, y Sally seguía bailando el vals de la vajilla y el pasodoble de la lejía.

La muchacha se había acostumbrado ya a aquella triste vida de fregatriz, pero soñando aún en las emociones de ser artista. Cuando veía a otras bailarinas que desfilaban ante el tablado del cabaret, el alma se le iba hacia ellas.

Vladimiro no estaba descontento de los servicios de ella y los prefería a los del duque. ¡Y además era ella una muchacha tan risueña!

Blair Farquar, obtenido ya el perdón de su padre, y habiendo olvidado casi a la Pirondova, que se encontraba en Inglaterra, visitaba con gran frecuencia aquel cabaret. Llamaba muchas veces a Sally y hablaban largamente.

Vladimiro se disgustaba ante aquella conversación, pero como el señor Blair era un buen cliente de la casa, tenía que resignarse.

El muchacho se sentía cada vez más interesado por la modesta chiquilla... Y ella parecía adivinar las intenciones de su amigo...

—Usted, señor Blair — le dijo el día, alegre-

mente—, me hace recordar siempre los personajes de unas novelas que tiene en su casa Madame Julia...

—¿Qué clase de hombres son? ¿Galantes o groseros? — preguntó él.

—Hombres muy galantes... la flor de los caballeros. Pero esos hombres no se fijan en tía, a menos que sea del mismo mundo de ellos y vaya muy bien vestida...

—¡Vamos! Yo prefiero la sencillez de usted al lujo que alguien pudiera proporcionarme — añadió.

A Sally no le era indiferente aquel muchacho. Pensaba en él con frecuencia. Uno de los motivos que le obligaban a seguir allí era su presencia.

Había escrito a Madame Julia enterándola de su empleo, y aunque la francesa quiso que volviera a su casa, ella se negó rotundamente.

Unos días después, por la tarde, el gran duque Nicolás enseñó a Vladimiro una carta que había recibido el día anterior.

*Señor: Me he enterado de su presencia en esta ciudad y me atrevo a esperar que recordará usted mi nombre. La última vez que nos vimos fué en Como, hace dos años. Mi hermano da una fiesta en su casa de Westchester, mañana domingo, y sería para nosotros un gran placer que asistiera a ella en calidad de invitado de honor.*

*Queda a sus órdenes su afma. amiga.*

*Dolores Ten Brock, née Farquar.*

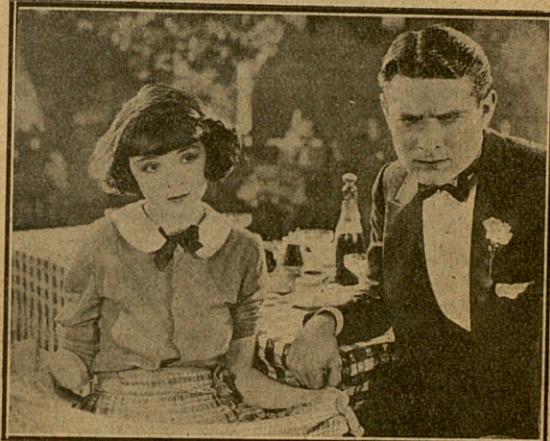
Nicolás estaba muy contento.

—La señora ignora nuestra miseria — dijo —. Nos ha enviado la carta a la pensión, creyéndonos de incógnito en este país... Por suerte conservamos un lujoso uniforme y asistiremos a la fiesta... Pero lo más importante es que nos veremos obligados a hacer fiesta esta noche.

—¡No puede ser! — protestó Vladimiro. — Me causaría un gran perjuicio su ausencia...

—Pero en cambio te concederemos el Gran Cordon del Boquerón de Plata. Y nos dignamos además permitirte que beses nuestra mano ducal.

Vladimiro depositó un beso en aquella mano y



—Yo prefiero la sencillez de usted...

maldijo otra vez su fidelidad a su señor... ¡Tener en su casa a un hombre así al que debía respeto!

De pronto, Gabriel, uno de los violinistas de la orquesta, se acercó con aire desolado a Vladimiro.

—¡Señor Vladimiro! ¡La bailarina Pendonia que tenía que debutar aquí esta tarde, acaba de irse... raptada por el Rey del Bicarbonato!

El dueño puso el grito en el cielo. Tremendo conflicto. ¡Qué hacer! Y se había anunciado mucho

aquel debut. Como era tarde de domingo, había bastante concurrencia en el local.

Los ojos de Sally brillaron con alegría... Y Nicolás, que conocía los deseos de aquella criatura, dijo:  
—¡Ahí tiene a una muchacha que está rabiendo por bailar! Podría sustituir a la ausente.

—¡Está rabiendo por bailar! — respondió Vladimiro—. ¿Y si luego los que rabian son los clientes, y la vajilla del establecimiento?

—Oh, señor Vladimiro, si hay platos rotos yo estoy dispuesto a pagarlos — dijo Sally.

—Ea, baila, pues, esta noche. ¡Pero Dios nos coja confesados!

El gran duque Nicolás servía aquella tarde alegramente a los concurrentes. Estaba contento, pensando en la fiesta a la que debía asistir una hora después. Se rió de muy buena gana ante una pareja formada por un vejete octogenario y una chica de unos veinte años que querían un sitio en un rincón tranquilo y poético... ¡Cómo estaba el mundo!

En una de las mesas estaba el empresario Otis Hooper, aquel que había rechazado algún tiempo antes a Sally, y una amiga suya.

—¡Estoy desesperado! — decía Hooper—. Tenía contratada a la Pirondova para que bailase esta noche en la fiesta de los Farquar. Esto representaba para mí un magnífico puñado de dólares. Y acabo de recibir este telegrama.

#### *Otis Hooper.*

*No cuente conmigo esta noche. Me caso en Londres con un torero guatemalteco. Devuelva a mi dirección de París los baúles que le había mandado.*  
*Pirondova.*

—¡Perderé miles de dólares!... ¡Qué desgracia!

Aunque aquella noche se celebraba en su casa la fiesta a la que asistiría la Pirondova, Blair Farquar

había querido pasar un momento por el cabaret para ver a Sally. La danzarina rusa comenzaba a aburrirle; el recuerdo de su aventura se iba borrando de su alma. Ahora sólo le interesaba la pobre fregatriz... Vladimiro subió al tablado, y anunció que por au-



—*Y si luego los que rabian son los clientes y la vajilla del establecimiento?*

sencia de la bailarina Pendonsia, la sustituiría con sus bailes clásicos Miss Sally Bronx.

Blair sonrió alegremente... ¡Oh, debutaría aquella chiquilla simpática! ¡Ojalá tuviese éxito!...

Sally, temblorosa, avergonzada, llegó al tablado, y saludó timidamente...

Miró a Blair y sonrió... Sintió una extraña impresión al verse ante tanta gente... Pero de pronto, animada por las miradas de sus amigos, comenzó a bailar una danza irlandesa, pero con tal soltura, con tal perfección, que los aplausos resonaron inmediatamente como descargas de triunfo.

Vladimiro aplaudía también... ¡Vaya con Sally! ¡Qué gran bailarina!... ¡Lo hacía mejor que fregar platos! El Gran Duque estaba entusiasmado y Blair sonreía aplaudiendo a la pequeña.

Después, ya más tranquila, bailó Sally una danza rusa. Todos los conocimientos aprendidos en casa de Madame Julia le sirvieron ahora para lucirse.

Hooper sentíase deslumbrado.

—¡Créame, amigo mío — le dijo a su compañero —, los bailes rusos me los sé de memoria!... Y ese baile que nos ha danzado Sally es de una moscovitez que asusta...

Gabriel, el violinista, miraba a Sally con ojos de intensa pasión. ¡Acababa de enamorarse repentinamente de ella!... ¡Qué bien bailaba!

Cuando Sally acabó tuvo que saludar varias veces a la concurrencia. Al pasar ante una mesa donde estaba Hooper, éste la llamó y la dijo:

—Baila usted como la mejor danzarina rusa... ¡La felicito!

Sally reconoció a aquel hombre como el empresario que se había burlado de ella, y le dijo:

—¿Recuerda lo que le dije a usted del puente de oro?

Quiso ir a la mesa de Blair, pero Vladimiro la llamó, desde la cocina. Ella corrió a su encuentro y el dueño y Nicolás la felicitaron. Desde ahora ya no fregaría más platos.

Blair tenía que marcharse, y escribió en un papel: *Mi querida amiguita Sally:*

*Le hubiera dicho esta noche muchas cosas... Pero*

*tengo que marcharme, pues debo ir a una fiesta que da mi padre. La veré mañana y entretanto reciba el afecto sincero de su amigo.*

Blair Farquar.

Viendo pasar a Gabriel, le llamó y le dió el pañuelito.

—Haga el favor de entregar esto a Sally.

Y Blair salió del cabaret. El violinista leyó aquel papel y se indignó... ¡Oh, él acababa de enamorarse súbitamente de Sally y quería casarse con ella! No entregaría la cartita... Recordaba además que Sally y aquél hombre habían hablado algunas veces.

Hooper acababa de indicar a su amigo un audaz proyecto:

—Hay que ser atrevido. Esta muchacha me puede salvar del compromiso de esta noche. La hago pasar por la Pirondova... Los vestidos de ésta la sentarán a maravilla... Será la cosa más fácil del mundo... Sally aceptará... y yo me embolsaré unos cuantos miles...

—Pero ¿y si alguien descubre el pastel... alguien que conozca a la Pirondova?... Además no está bien que engañemos al señor Farquar...

—¿Quién quiere usted que la conozca? Con iguales trajes se confundirá... Ahora hay que hablar con Sally para que acepte... Le daremos algunos billetes y estoy seguro de que querrá pasar por la rusa...

El violinista había ido entretanto a saludar a Sally.

—¡Oh, Sally!... ¡Estuvo usted pero que muy bien! ¡Divina!

—¡Muchas gracias!...

—Sally — dijo Gabriel, con ademán arrebatado — ¡no se imagina usted hasta qué punto la quiero!... Si me correspondiera podríamos casarnos... Seríamos famosos y viajaríamos por todo el mundo.

Ella le miró asustada. No, Gabriel; no era posible. Los celos llenaron el alma del músico. Recordó aquella carta que llevaba en el bolsillo y que no quería entregar, y dijo:

—¡Comprendo! ¡No piensa usted más que en aquel joven, Blair Farquar!...

—¿Y si así fuera?...

—¡Con el caso que le hace! Esta tarde ni siquiera ha tenido la delicadeza de esperarla para felicitarla por su triunfo. ¡Se ha ido a su casa!

Ella, no creyendo que él se hubiese marchado sin despedirse, se asomó al salón y vió vacía la mesa que ocupara Blair.

—¡Túmante, picarón! — se dijo, tristecida. — Te fuiste sin decirme si te gustaba o no mi manera de bailar. Si hubiera estado envuelta en sedas y rasos, seguramente me habrías invitado a ir a cenar contigo, ¿verdad? Pero no soy más que Sally, una fregona, vestida sencillamente.

Hooper al verla en el cabaret la llamó. Ella se acercó tímidamente. Y los dos hablaron largo rato, en conversación muy interesante, hasta quedar de acuerdo.

Una sonrisa luminosa aclaró el rostro de Sally. ¡Bailar delante de todos en una gran fiesta! ¡Qué alegría! ¡Y además la emocionaba que fuera aquel Hooper quien se humillara a solicitarla como artista! ¡Era su venganza!

Sí, sí; aceptaba sustituir a la Pirondova.

Saldría dentro de poco. Pero como Sally expusiese sus dudas de que Vladimiro la dejase marchar, se convino en que saldría sin decirle nada al dueño. Al día siguiente cuando regresara ya le explicaría lo ocurrido.

Pasó media hora. El Gran Duque marchó en dirección a su casa para vestirse el uniforme y asistir a la fiesta de los Farquar. Y Sally, sin que na-

die se diera cuenta, salió por la puerta de servicio, hacia la calle donde ya la esperaba Hooper. Y marcharon en automóvil hacia la gloria.

\*\*

Vladimiro se alarmó muchísimo al ver que la chica había desaparecido. En balde la buscó por la cocina, por su cuarto, por todos los lugares del cabaret.

—Pero, ¿adónde pudo ir Sally? — decía.

Gabriel rugió, furioso:

—Seguramente la han raptado. Y habrá tenido que ser Hooper, el empresario con el que he visto que hablaba, o bien el joven Farquar. Hace días que venía rondándola.

—Vamos a buscar inmediatamente un detective para encontrar a Sally — dijo Vladimiro.

Poco después llegaba un inspector quien comenzó a indagar el paradero de la muchacha.

A media noche daba principio la fiesta de la casa de los Farquar. Dos cosas hay que garantizan un lleno en cualquier fiesta de sociedad...: realeza o bien una mujer fatal. Y de todo habría en aquel palacio.

Un criado anunció a Su Alteza el Gran Duque de Trifurcilandia. El señor Farquar y su hermana Dolores acudieron a saludar al soberano que vestía lujosísimo uniforme y que al andar temblaba ligeramente debido a la intensa debilidad de sus piernas.

—¡Señor! — dijo Dolores. — Veo con alegría que no ha olvidado nuestro último encuentro bajo el poético cielo de Italia.

—¡Cómo voy a olvidar los bellos recuerdos! — dijo él, con cierto orgullo, como si de nuevo volviera a ser el Gran Duque en funciones. Su vida nocturna de camarero le parecía una pesadilla.

El joven Blair se inclinó también ante el duque y

su rostro no le pareció desconocido. Nicolás, al verle, palideció. ¡Era un parroquiano del cabaret!

—Diría que le he visto a usted en otra parte... pero no puedo acertar — dijo.

—¡Vaya usted a saber! — contestó el duque, recobrando su aplomo. — He viajado tanto!

Y, acompañado de Dolores, comenzó a recorrer los bellos jardines del palacio.

Blair creyó haberse equivocado. Confusamente recordaba aquella casa, pero ¿cómo iba a pensar él en el camarero del cabaret?

Entre los invitados estaban Hooper y Rob Zebeld, el genio de los empresarios. Un enviado del "Herald" tomaba nota de los asistentes a la fiesta.

Poco después llegaba madame Pirondova. En realidad, era Sally que temblaba bajo los vestidos lujo-sísimos de la otra, emocionada por representar aquella comedia que tal vez le abriese las puertas de la celebridad.

El señor Farquar se acercó a ella y la besó la mano. ¡Ah, aquella bailarina que había trastornado la cabeza de Blair!

El duque seguía hablando con Dolores en el jardín. ¡Si hubiera sabido que Sally se encontraba allí! Y, Blair, disgustado por la fiesta que hubiera deseado evitar, se había ido lejos a hablar con unas muchachas.

La Pirondova era interesante, ciertamente, pero no podía quitarse de la cabeza a la otra. Tal vez aquella noche rompiera definitivamente con la danzarina rusa.

Sally, sonriente, iba adelantándose por el jardín acompañada del señor Farquar. ¡Aquella comedia le valdría unos centenares de dólares y tal vez la gloria... Era preciso disimular su turbación.

Un periodista se acercó a ella y le dijo:

—Madame Pirondova, he sido designado por el "Herald" para escribir algo sobre su vida.

—¡Imposible! La policía suspendería el "Herald" — respondió ella, riendo.

Y siguió paseando y saludando a los invitados que se complacían en estrechar la mano de la bailarina.

El Gran Duque, que regresaba de dar un paseo con



—¡Imposible! La policía suspendería el "Herald"...

Dolores, llegó ante la Pirondova. Y la sorpresa de ambos fué indescriptible. ¡Los dos allí! Dolores no reconoció, bajo su disfraz, a aquella muchacha que ella había recomendado algún tiempo antes.

Nicolás y Sally se miraron en silencio, como interrogándose. Pero, como los dos tenían mucho que ocultar, ninguno quiso indagar qué significaba su presencia allí.

Luego Sally, comenzó a bailar en un tablado, ante un público selecto.

Blair se había vuelto y contemplaba la actuación de la danzarina. Al verla le pareció que otra vez el antiguo amor renacía... ¡Qué bella era, diablo! Así, al principio, entre los velos y los giros de la danza, no la reconoció.

Cuando terminó el espectáculo, fué a saludarla. Sally estaba rodeada de los Farquar y del Gran Duque.

Y al mirarla junto a él, retrocedió asustado, pálido por la sorpresa. También ella tembló de pies a cabeza. ¡Blair! Lo había sospechado al ver antes a Dolores.

Dolores dijo, ante la actitud de su sobrino:

—¿No la reconoces? ¡Sería el colmo que ya te hubieses olvidado de madame Pirondova!

¡Demasiado que la reconocía él! Temblando, le besó la mano. ¡Ah, Sally! Pero ¿por qué? ¿por qué estaba allí?

—Está usted más bella que nunca. Aunque encuentro que su exquisito semblante ha cambiado un poco desde nuestro último encuentro en Montecarlo — le dijo con ironía.

—Sí, mi rostro me lo arreglaron últimamente en París.

—¡Pero, es sorprendente... cómo se parece a usted a una amiguita mía, una exquisita muchacha!

El Gran Duque hablaba con los Farquar, sintiéndose lleno de inquietud por el engaño de su amiguita. ¡Qué podría ocurrir?

Sally y Blair anduvieron unos pasos. El murmuró a su oído:

—Sally... la he conocido a usted. ¿Por qué seguir fingiendo? Ya sabe usted que por nada del mundo la traicionaría. Sally, ¡la adoro! No quiero saber por qué ha venido usted aquí.

Ella, ofendida, porque creía que Blair había marchado, sin felicitarla, del cabaret, respondió:

—Ahora que voy tan bien vestida me hace caso, ¿eh? No esperó usted, en cambio, a felicitarme esta tarde. Las alondras se cazan con espejuelo. Los hombres, con el brillo de un vestido. Pero le aseguro que al venir, ignoraba que esta fuera su casa. Si no, me hubiera librado mucho de acercarme.

Y entretanto, el detective, advertido por Vladimiro, había logrado averiguar que Hooper se había llevado a Sally y que ahora estaban en un baile en casa de Farquar. Cuando Vladimiro y Gabriel se enteraron de ello, se dispusieron a ir con el policía a rescatar a la muchacha, de los que creían sus raptadores.

Algo más tarde, los tres hombres entraron furiosos en aquella casa, dirigiéndose al encuentro de Sally que hablaba con Blair. Cerca, los Farquar conversaban con el Gran Duque.

Sally palideció al ver entrar a los tres hombres.

—¡Mi pequeña friegaplatos, danzarina! — gritó Vladimiro. — Al fin la he encontrado!

Los Farquar y otros invitados acudieron ante insólito incidente.

—¡Usted ha perdido la totalidad del juicio! — dijo Sally, indignada, sorprendida.

—¡Tú eres Sally, locuela, y has de volver a mi cabaret!

La muchacha casi se echó a llorar... Comprendiendo la terrible situación, Blair respondió:

—Este hombre divaga. Sepa usted que tiene delante a madame Pirondova.

—¡Mentira, mentira! Pero ¿qué es eso? — rugió Vladimiro, asustado, al ver cerca de allí al Gran Duque que procuraba huir temiendo ser descubierto. — Este hombre es mi camarero y trabaja en el restaurán donde lava los platos esa señorita.

El señor Farquar aparecía desconcertado.

—¡No es verdad! —dijo el Gran Duque.

—Y bien —respondió de pronto, Sally, enfurecida—. ¡Abajo las caretas! ¿Importa hasta tal extremo que yo sea madame Pirondova, o Sally? Es verdad, soy Sally, una humilde fregatriz.

El señor Farquar la miró con horror:

—¡Aventurera! ¡Se ha burlado usted de mí! —rugió—. ¡Márchese de esta casa inmediatamente!

Nicolás estaba anonadado. Y Blair sentía en su alma un profundo dolor, comprendiendo que terminaba desastrosamente la aventura de su amiguita.

—Sí, me voy —dijo Sally, con desprecio—. ¡Bella sociedad la vuestra! La mujer que halla notoriedad en el escándalo, a esa se la admira y se la hacen todos los honores... Pero a la que es honrada y trata de ganarse la vida, se la desprecia y se la echa. ¡Qué asco! ¡Adiós!

Marchó de allí, seguida del Gran Duque, de Vladimiro, de Gabriel... El escándalo había trascendido al exterior y todos lo comentaban. Hooper estaba desesperado. ¡Contratiempo terrible!

Ya cerca de la calle, Blair corrió al lado de su amiguita:

—¡No quiero que te marches, Sally. ¿Qué me importa que seas pobre? ¡Yo te quiero y no puedo vivir sin ti!

—Usted no me quiere —protestó ella—. Ahora le ha fascinado el relumbrón de los vestidos, de las joyas, de las pinturas, pero mañana sin nada de esto, yo volveré a ser Sally, la lavaplatos, y para usted se habrá roto el encanto. ¡Adiós!

Y marchó, furiosa, de aquel mundo que le era hostil, y sobre su corazón pareció caer una nube negra.

\*\*

Pasaron unos días. Sally no había querido per-

manecer más en el cabaret. Y volvió a vivir a casa de madame Julia.

Era el desencanto, el pasado. La francesa le acogió amorosamente, con una cordialidad maternal.

Una mañana, Hooper fué a visitar a la chiquilla.

—Usted no será la Pirondova —le dijo—, pero nadie vió la diferencia hasta que vinieron los aguafiestas... Aquí tiene usted un contratito, firmado por Rob Zebeld, nadie. ¡Un señor que tiene 200 teatros en el mundo entero! ¡Usted es una bailarina estupenda!

Esta vez era la gloria de veras. Y Sally, emocionada, firmó aquel contrato que la iba a lanzar, de una vez, al triunfo. Entretanto, el Gran Duque continuaba prestando servicio como camarero en el cabaret. ¡Era su destino, no se movería de allí nunca más!

Y tres meses después, Sally escalaba con pies áreos el cenit de la gloria teatral.

Su debut en uno de los principales teatros de Nueva York fué un éxito maravilloso. Al regresar a su camerino, después de su magnífica actuación, lo vió invadido de flores... Regalos de Vladimiro y otros admiradores. También Gabriel le había enviado un bello ramo dedicado a "su amor sin esperanza".

Estaba sola en la habitación. El Gran Duque entró a verla en el camerino. Estaba muy contenta. La felicitó cordialmente y le entregó una carta para ella.

*Mi adorada Sally: Te quiero a ti, Sally, a ti sola. Te lo imploro, acepta el arrepentimiento del padre y el ferviente amor del hijo.*

*Tuyo,*

*Blair*

—Blair me ha encargado esta misiva. Quiere ser perdonado.

—No, no puedo perdonarle — rugió Sally—. Me ha hecho sufrir mucho, me han humillado los de su casa...

—El la ama a usted de veras, Sally...

De pronto, un muchacho apareció, riendo, ante ella. Era el propio Blair. Se había escondido tras un biombo, poco antes de entrar la muchacha. Ella lanzó un grito de sorpresa al verle.

—Sally — le dijo él, mientras el Gran Duque se marchaba sonriente—. Te quiero y estoy seguro ahora de que te he amado desde el primer momento que nos encontramos, allá en el barrio bajo. ¿Recuerdas?

Ella calló. ¡Aquellos días! Pero la humillación de que le habían hecho objeto, la indignaba.

—No, no podremos unirnos nunca. Tú eres bueno, pero en tu casa son muy orgullosos. Has de saber, Blair, que fui recogida en un rincón del Parque del Bronx. Por eso me llamo Sally Bronx.

—Si no es más que eso — respondió él, sonriendo—, yo también soy un huérfano recogido. Me encontraron en las gradas de la Catedral de San Patricio. Mi padre, el señor Farquar me adoptó. Los dos somos humildes; amémonos. No podemos separarnos.

—Pero... ¿y la Pironova? — le dijo ella, recordando a la danzarina.

—No hables de ella. Aqueello fué una locura una tontería, una aventura sin importancia. Tú eres la verdad, la mujer que quiero para esposa. Te adoro, Sally...

Y esta vez ella, riendo, se dejó caer en sus brazos como aquel día en el barrio popular, pero ahora le besó...

Sí, le perdonaba. Y a su éxito teatral, a su nueva gloria, uniría la felicidad del amor...

FIN

